

A los 500 años: descolonizar y desevangelizar

Miguel Concha Malo

En este artículo, queremos contribuir a divulgar el pensamiento de Pedro Casaldáliga, este obispo tan solidario de los pueblos indígenas, que genera tanta solidaridad y que es objeto de sanciones por su labor de pastor.

Don Pedro Casaldáliga Pla nació hace 60 años en Cataluña. Ordenado sacerdote en 1952, celebró su primera misa en Barcelona. En enero de 1968, a los 40 años de edad, Don Pedro viajó al Brasil —según él cuenta— “con el permiso y el compromiso de fundar la Misión claretiana en el Mato Grosso”. Su consagración episcopal tuvo lugar en las orillas del Araguaia. “Un sombrero de paja sertanejo y un remo borduna (camino, caza y pesca), hecho de pau-brasil por los indios Tapirapé, fueron mis emblemas episcopales —recuerda— La mitra y el báculo de aquella dignidad que había de ser servicio”. Fue en esa homilía cuando “hice una vez más —más públicamente, más definitivamente—, mi opción por los pobres y oprimidos”.

Después de residir en el Brasil durante 17 años sin haber salido una sola vez del país, Don Pedro decidió visitar Nicaragua. En una carta dirigida a Juan Pablo II en febrero de 1986 manifestó la razón de esa visita al sufrido país centroamericano. Fue por la amistad que, desde hace años, sostenía con muchos nicaragüenses que sintió el deber de hacerse presente, “como persona humana y como obispo de la Iglesia, en una hora de agresión”.

En una entrevista hecha por José María Vigil a don Pedro Casaldáliga, que forma parte del libro *Al acecho del reino*, el cual es una antología de textos de 1968 a 1988, se publicaron algunos extractos en el *Financiero* el 12 de octubre de 1988, que aquí reproducimos.

José María Vigil: *Varias efemérides concluyen en la hora en que das a la luz este libro: entramos bajo el aniversario mayor de los 500 años y celebramos los veinte años de Medellín; de tu Iglesia de Sao Félix do Araguaia, y tus sesenta años. . . ¿Cómo ves la coyuntura global en que aparece tu libro?*

Pedro Casaldáliga: Me parece una coyuntura sumamente provocadora, y simultáneamente saludable. En cristiano, todo lo saludable es provocador. Medellín fue, sin duda, el punto más alto de la historia eclesial de América Latina. En cierta medida fue una ruptura y un gran salto hacia el futuro: ese gran concilio latinoamericano de Medellín, nuestro concilio mayor. Al mismo tiempo, los “quinientos años”, a los que ya nos aproximamos, que Iberia, Estados Unidos, gobiernos y entidades de América Latina y de Europa se disponen a celebrar de modo muy “festivo”, muy acrítico, incluso con muchos intereses —el gran turismo de los 500 años—, el gran regodeo etnocentrista de los 500 años—. . . todo ello nos obliga a nosotros, como cristianos y como latinoamericanos, a rever, a revisar, a desandar, a desandar volviendo hacia las fuentes de la identidad latinoamericana y hacia las fuentes de la identidad cristiana también, es decir, a “descolonizar” y a “desevangeliar” . . .

La celebración de los 500 años, ¿deberá ser festiva o penitencial?

Puede ser simultáneamente las dos cosas. Yo celebro la Muerte de Cristo penitencial y festivamente. Debe ser una celebración pascual. En primer lugar, claro, debemos reconocer todo lo que en esos 500 años ha habido y todavía hay de muerte, de negación, de prohibición, de esclavi-

tud, de colonialismo, de etnocentrismo, de reduccionismo. . .

En segundo lugar, debemos celebrar también todo lo que en esos 500 años ha habido de heroísmo, de riesgo, de martirio. . . bien entendido que no hablo sólo de los mártires que quizá los indígenas nos hicieron, sino sobre todo de los muchísimos más mártires que nosotros les hicimos a los indígenas. Quiero hablar de todos los “mártires del Reino” que se han dado en este continente por defender una propia cultura, por defender la libertad, por defender la justicia. Y también por anunciar el evangelio de Jesús.

¿Fue un “descubrimiento”?

No. Fue un encuentro por casualidad, en gran medida. Fue también un choque de culturas y de pueblos. Fue una codicia. Fue una invasión. Fue una conquista. Debemos hacer que sea, cada vez más, encuentro de continentes, encuentro de pueblos. Cuando los miembros del CIMI (Consejo Indigenista Misionero, de Brasil), y todos los antropólogos honestos, contestamos las políticas de los gobiernos del continente con respecto a los indígenas, contestamos la “integración” de esas culturas, de esos pueblos, a una supuesta nación mayor, a una supuestamente mayor o mejor cultura. Sin embargo, decimos que aceptaríamos muy bien una “inter-integración”, ¿no?, el que un continente se encontrase con otro continente, el que unos pueblos se integrasen con otros pueblos y se “inter-integrasen”. América Latina puede, debe darle a Europa, mucha ecología, mucha naturaleza, mucha gratitud, mucha alegría, mucho colorido, mucha hospitalidad, mucha solidaridad, mucha utopía, mucha esperanza. . .

¿Fue una "evangelización"?

Fue una evangelización compulsoria, muy culturalista, muy impositiva. Fue una evangelización muy poco evangélica. Porque sirviendo al Señor servía al Rey; trayendo Evangelio traía también cultura europea, ibérica; creyendo anunciar el Reino de Dios imponía el Imperio, por ser poco lúcida en su teología. Quizá las circunstancias no permitieron más, pero nosotros estamos obligados a criticar la historia pasada a la luz de lo que la historia presente nos permite, para corregir el futuro, ¿no?

Fue una evangelización violentadora, que provocó estos eclecticismos que con tanta frecuencia, después, muy fácilmente, hemos querido condenar. El mundo indígena sigue estando ahí. El mundo negro sigue estando ahí también. Afortunadamente, no han acabado todavía, y tienen vitalidad suficiente para continuar siendo ellos aun siendo cristianos, aun siendo —quizá "nuevamente"— evangelizados. . .

Fue una evangelización ambigua pues, cuya memoria debería ser una celebración penitencial, para pasar a ser esa evangelización valiente y "nueva" que el propio papa Juan Pablo II pedía refiriéndose a los 500 años.

Has dicho que todo ello nos obliga a "descolonizar" y a "desevangelizar. . . ¿Qué significaría "descolonizar"?

"Descolonizar" significaría: volver a las fuentes de la identidad latinoamericana dejar que América Latina sea lo que originalmente es, permitir que se realice como un continente de todos, fraternos, con una unidad radical, indígena, negra, criolla. . .

Descolonizar significaría dejar que se realice

y se libere este continente prohibido hasta ahora, dependiente, sometido a una deuda externa injusta, inicua; una deuda que el pueblo latinoamericano no debe pagar, porque él no hizo esa deuda; una deuda que el pueblo latinoamericano no puede



COMUNIDAD
PRO-AMERINDIA
PEDRO CASALDALIGA

500 AÑOS...

pagar, porque ya la pagó, con materia prima, con mano de obra barata, entregando sus propios bienes, el suelo, el subsuelo. . . ; una deuda externa que es pecado pagar, que es pecado cobrar. . .

Descolonizar, volver a la identidad latinoamericana, significa permitir que la gran cultura latinoamericana —que es la suma de muchas culturas, sin duda, de muchos pueblos indígenas inicialmente, del pueblo negro, esclavo, traído a América Latina también, y del resultado en muchos lugares, el pueblo criollo— pueda expresarse en todos los aspectos de la vida cultural, en la educación, en la organización política, administrativa, en la misma agricultura.

Descolonizar significa permitir al pueblo latinoamericano que se pueda expresar en el concierto de las naciones del mundo como otro, como diferente, a mi modo de ver como una identidad que en cierta medida unifica a todos estos pueblos y que permite que se hable muy legítimamente de la “Patria Grande”: América Latina entera y el Caribe simultáneamente.

¿Qué significaría “desevangelizar”?

“Desevangelizar” significaría descolonizar la evangelización. El evangelio vino a América Latina envuelto, traído, servido por una cultura al servicio de un imperio, el ibérico en un principio. Más que el mensaje evangélico limpio, supracultural, liberador. . . vino un mensaje de importación cultural que a lo largo de los 500 años ha hecho que en América Latina no se pudiera dar realmente una Iglesia autóctona.

Puebla, en el famoso documento verde, que providencialmente fue rechazado por incompleto, por deformador, a mi modo de ver, hablaba de la “evangelización de las culturas”. Nuevamente se

está retomando esa expresión en América Latina, en el Celam, en el Vaticano. La expresión podría ser incluso válida, siempre que no se redujese al culturalismo que niega el total proceso histórico, que no es sólo cultural, sino político también. Debe ser una inculturación que entre de lleno en las culturas de los pueblos, en la historia de estos pueblos, y en los nuevos procesos históricos que estos pueblos están viviendo: procesos culturales, sociales, económicos, políticos. . .

Desevangelizar lo mal evangelizado, para nosotros, en América Latina, sólo puede significar partir para una plena liberación socio-político-económica, cultural, integral; sólo puede significar evangelizar liberadoramente los procesos históricos de nuestros pueblos. Los procesos de liberación de nuestros pueblos, a la luz de la fe, se incorporan, forman parte, construyen en cierta medida, anuncian, preparan, reciben, esperan. . . el gran Proceso del Reino.

Puebla también hablaba legítimamente de la “civilización del amor”, expresión muy bella, muy estimulante y cristiana, si es plenamente entendida. Sin embargo, tanto en América Latina como en Europa, esa expresión ya se ha diluido en una especie de irenismo que niega la dramaticidad de los procesos históricos que nosotros aquí en América Latina y en todo el tercer mundo estamos viviendo. A la “civilización del amor” debería añadirse aquello que con expresión feliz designó el teólogo jesuita, español, vasco, salvadoreño, Ellacuría, como la “civilización de la pobreza”

“Descolonizar” y “desevangelizar”, conjuntamente. . . Quiero expresarte, ya desde este primer momento, una duda que a más de un lector le asaltará ya desde ahora, con lo poco que llevas dicho, pero

que otros muchos experimentarán, inevitablemente, al final de este libro: ¿estarás mezclando lo religioso y lo político?, ¿no habrá en todas estas tus palabras religiosas mucha política? Concluycamos con dos preguntas globales: a la altura de estos 500 años, ¿cuáles serían los puntos de interés más importantes para América Latina?

He hablado de recobrar la identidad del continente. En primer lugar, reconocer al continente latinoamericano, al continente americano todo, como un continente "amerindio". La identidad pues de todos los pueblos indígenas. Sus plenos derechos. Sus territorios. Sus culturas, y dentro de sus culturas las respectivas lenguas (la lengua es el 50% de la cultura de un pueblo; mientras un pueblo continúa con su propia lengua continúa siendo "aquel" pueblo).

Reconocer los derechos y la identidad del Pueblo negro, a lo largo y ancho del continente también. Traído como esclavo. Mas diluido en el continente, pero que representa un contingente numérico muy significativo. (Por ejemplo, Brasil, el segundo país negro del mundo, tiene unos cincuenta millones de negros). Y reconocer esa especie de "identidad ecléctica", si vale la palabra, del continente latinoamericano, que es indígena, que es negro, que es criollo. Tiene un rostro América Latina. Tiene un alma. Es ella. Es otra. Puede y debe completar la humanidad.

En segundo lugar, permitir que América Latina haga una experiencia autóctona de revolución social, política, económica. Que América Latina viva su socialismo y hasta su marxismo, donde crea que deba vivirlo. El mismo Che, y Mariátegui, por citar dos nombres significativos, gloriosos, de América Latina, serían ya un ejemplo. La misma Cuba, aun teniendo que vivir las circunstancias de

estrangulamiento histórico que vivió, con sus errores, sin duda, y posteriormente Nicaragua, con su proceso sandinista, están enseñando hasta qué punto el mismo marxismo —no digamos, en términos más generales, la misma revolución— pueden ser vividos autóctonamente en América Latina, aprendiendo incluso de las mismas deficiencias, errores, limitaciones de esos procesos primeros. La democracia, en América Latina —en el mundo también, pero estamos hablando ahora de América Latina— debe ser "otra democracia". He dicho muchas veces y lo digo ahora nuevamente, que quizá después de "amor" la palabra "democracia" sea la palabra más prostituida en este mundo. Decir "democracia" hoy ya casi no significa nada. O, fatalmente, con frecuencia, significa la misma negación de la democracia. Porque no es una democracia popular. Porque no es una democracia mayoritaria. Porque no es una democracia realmente participativa. Porque no es un gobierno del pueblo al servicio del pueblo. Acaba siendo nuevamente el gobierno minoritario, el gobierno oligárquico, "en nombre del pueblo", al servicio de unas minorías.

América Latina puede y debe exigir, en esta ocasión de los 500 años, un nuevo derecho internacional, un nuevo derecho de los pueblos. ¿Por qué un pueblo se ha de considerar mayor o mejor que otro pueblo? ¿Por qué Estados Unidos —podríamos hablar de Rusia también si nos refiriéramos al resto del mundo, o de Japón o de Alemania, para hablar de imperios más recientes, para no hablar ya del imperio español o del portugués— puede permitirse el lujo de invadir decenas de veces América Central? ¿Por qué la ONU y las naciones del mundo pueden asistir a estas violaciones con tanta pasividad?

Por otra parte, esa autoctonía que exigimos de la política, de la cultura, de la economía, en un proceso revolucionario, debemos exigirla de la Iglesia también. Esa única humanidad que se da en los varios continentes, es aquí humanidad amerindia, afroamericana, criolla. La única Iglesia de Jesucristo que se da a lo largo y ancho de la tierra, se da aquí, debe darse aquí “latinoamericanamente”, para que sea la Iglesia del Verbo Encarnado, la Iglesia de Jesús de Nazaret, una Iglesia para estos pueblos, para este pueblo, para esta hora. . .

Y para acabar, ¿cuáles serían los grandes intereses de la Iglesia de América Latina a la altura de esta coyuntura de los 500 años?

Posibilitar con alegría y con acción de gracias el proceso de la teología de la liberación. Posibilitar y estimular con alegría y con acción de gracias el proceso de la espiritualidad de la liberación. Canonizar, si no en la “gloria de Bernini” —que quizás no haga falta— sí en el reconocimiento público, esa pléyade de mártires que América Latina viene dando a la Iglesia y al mundo desde hace siglos, pero sobre todo en estos últimos años; mártires con nombre solemne reconocido, como san Romero de América, y millares de mártires anónimos, como los indígenas, los campesinos, los obreros, los agentes de pastoral, los defensores de los derechos humanos en América Central, en los varios países. . .

Posibilitar una liturgia autóctona, típicamente latinoamericana. Estimular la pastoral latinoamericana. Reconocer la autoctonía de las conferencias episcopales. “Rehacer” el Celam, aquel Celam que fue un día de tantas esperanzas, de tanto testimonio, de tan valiente profecía, y que últimamente ha pasado a ser, para muchos, o un Celam simplemen-

te incómodo, o un Celam apenas tolerado. Que fuese realmente una especie de comunión de las varias conferencias episcopales del mismo continente latinoamericano. . .

Yo estaba estos días pensando otra vez en los 500 años. Imaginaba incluso una serie de sonetos que haría, que estoy haciendo ya, así, sobre la marcha, como todos mis poemas. Serían cinco sonetos primeros, a Colón, a las carabelas. . . Cinco sonetos también, al conquistador anónimo, al misionero anónimo, al indio anónimo, al negro anónimo, a la madre anónima. Y, finalmente, un soneto libre a la Patria Grande.

Nuestro querido teólogo, nuestro gran teólogo Gustavo Gutiérrez, va a lanzar este año un libro sobre san Bartolomé de Las Casas, como digo yo. Para este libro acabo de hacer un soneto. Helo aquí:

A BARTOLOME DE LAS CASAS

Los Pobres te han jugado la partida
de una Iglesia mayor, de un Dios más cierto:
contra el bautismo sobre el indio muerto
el bautismo primero de la vida.

Encomendero de la Buena Nueva,
la Corte y Salamanca has emplazado.
Y éste tu corazón apasionado
quinientos años de testigo lleva.

Quinientos años van a ser, vidente,
y hoy más que nunca ruge el Continente
como un volcán de heridas y de brasas.

¡Vuelve a enseñarnos a evangelizar,
libre de carabelas todo el mar,
santo padre de América, Las Casas!

Sobre el tema continúa hablando don Pedro en el libro *El vuelo del Quetzal* de reciente publicación y presentado el 3 de octubre pasado:

“Podemos y debemos conocer la historia de la Iglesia. La Iglesia, a lo largo de la historia ha hecho no sólo grandes tonterías, sino grandes barbaridades. Ha posibilitado masacres, guerras, torturas. . . Y no vale decir. en cuanto hacía eso no era Iglesia . . . Eso es muy fácil. Y también lo podría decir el comunismo, o hasta el Imperio norteamericano. No. Era la Iglesia, santa y pecadora, “casta prostituta”, como decían los santos padres. Claro, negando su ser de Iglesia de Jesús. Pero era esa Iglesia-institución que está ahí.

“Nos debemos sentir también responsables del pecado de la Iglesia.

“Ahora, en España, hay una corriente, en la perspectiva de la celebración de los quinientos años, que dice lo siguiente: “no, no vamos a vanagloriarnos del descubrimiento y de la evangelización; tampoco vamos a sentirnos con remordimiento, porque nosotros no estábamos allá en aquella hora; quien lo hizo que lo resuelva. . .”

“Claro, eso es muy cómodo. Es olvidar la historia y dejar de ser históricos. Si ignoramos el pasado, ¿cómo podremos vivir el presente y preparar el futuro? La Iglesia es responsable delante de Dios y de la humanidad de lo que ha hecho bien y

de lo que ha hecho mal. Y nosotros hoy somos la Iglesia. Y cargamos sus responsabilidades históricas. Si decíamos, hablando de la fe, que “una nube de testigos nos acompaña”, podemos decir que nos acompaña también una nube de sinvergüenzas, antes, ahora y después. Y a veces sería bueno saber en qué nube estamos, mitad testigos mitad sinvergüenzas. . .”

AL MISIONERO ANONIMO

Quizás no daba más tu teología,
del Reino y de un imperio servidor,
salvar y conquistar la paganía,
cruzado entre las armas y el Amor.

La espada tu Evangelio desmentía,
los yelmos apagaban tu fervor,
¡la mucha sangre de tu Eucaristía
no era sólo la sangre del Señor!

¿Pudo la gente hacernos gente esclava?
¿Qué nueva Libertad nos liberaba
en las violentas aguas del Bautismo?

¿Qué paz traían tus atadas manos?
¿Hacía de verdad hijos y hermanos
el Padre Nuestro de tu catecismo? 